



completa ha sido decidida entre los filósofos y las escuelas; porque nosotros no trastornamos la filosofía, como hacen los académicos que tienen la pretension de responder á todo: lo cual no es, en realidad, más que mentira ó deceptcion. Sostenemos, por el contrario, que no ha habido escuela tan apartada de la verdad, ni filósofo tan vano, que no haya distinguido algunos rayos de ella. Pero mientras que llevan hasta la extravagancia su afan de contradecir, mientras sostienen temerariamente aquello mismo que han sentado, y echan por tierra aquello mismo que otros han descubierto de verdadero, la verdad que aparentan buscar se les escapa de su alcance, ó la pierden por su misma culpa. Si se hubiese hallado entre ellos alguno, que reuniendo la verdad esparcida entre varios filósofos y extendida entre las diferentes escuelas; si hubiera formado con ellas un solo cuerpo, sin duda alguna no se hallaria en discordancia con nosotros; pero sólo puede hacer esto el que tiene experiencia y la ciencia de la verdad; y sólo puede tener la ciencia de la verdad el que ha sido enseñado por Dios, porque ningun otro medio hay de desechar lo que es falso, y admitir y abrazar lo que es verdad. Así han llegado á comprender los filósofos la verdad, como tambien los misterios de la religion divina; pero refutados los unos por los otros, no pudieron defender lo que habian descubierto, porque la forma en que la concebian no convenia á los demás, y las verdades que habian encontrado no pudieron reunirlos, formando un cuerpo de doctrina, como nosotros hemos hecho (1).

En esta confusion de la antigua filosofía, es donde aprendieron sus errores y absurdos los herejes de los diversos siglos y los filósofos del decimotercero. Los Padres y doctores de la Iglesia adquirieron en ella la verdad; en el segundo siglo, San Justino, Atenágoras, San Teófilo de Antioquia; en el tercero, Tertuliano, Orígenes, Clemente de Alejandría, segun el cual la filosofía ha sido para los griegos lo que la ley de Moisés fué para los judios, una preparacion al Evangelio; en el cuarto, Arnobio, Lactancio, Eusebio; en el quinto, San Agustín, San Cirilo de Alejandría, y Sinesio, obispo de Cirene; en el sexto, dos cónsules romanos, Boecio y Casiodoro.

El primero reunió en su cabeza, como en una biblioteca, todo lo más esencial de Pitágoras, Platon, Aristóteles, Zenon, Plotino y Porfirio. Se habia propuesto traducir al latin todas las obras de Platon y de Aristóteles, para hacer ver la concordancia y armonia de estos dos grandes maestros; pero no pudo hacer más que un bosquejo de tan gran pensamiento. El segundo, despues de haberse retirado á un monasterio que habia fundado en la Calabria, reunió allí una gran biblioteca, en la cual los monjes se instruian y copiaban libros; compendió los trabajos filosóficos de Boecio, y se unió á él para dar á conocer la lógica de Aristóteles á los latinos. A est s dos filósofos católicos debió el Occidente, en la Edad Media, el conocimiento de la filosofía griega, ó por lo

(1) Lact., Instit., lib. VII, cap. VII.

ménos, aquel método conciso y limitado que de Aristóteles pasó á la enseñanza científica de la doctrina cristiana, bajo el nombre de teología eclesiástica. En el siglo XIII vino Santo Tomás de Aquino, que en su *Suma* y en su *Tratado contra los gentiles y maniqueos* cita y rectifica á la vez á Platon y á Aristóteles, igualando y aun excediendo al primero por la elevacion del pensamiento, y al segundo por la precision del lenguaje.

LOS POETAS.

Lo que hemos dicho de los filósofos, podemos decir de los poetas: en ellos se encuentran todas las verdades, pero tambien todos los errores. Los padres de la Iglesia, á ejemplo de San Pablo, recogieron las primeras. Desearíamos hacer como ellos.

La India, que se comienza á conocerla mejor desde hace algun tiempo, posee entre otras dos inmensas epopeyas, el Ramayana y el Mahabharata. El asunto de él es la sétima y la octava encarnacion de Visnu, segunda persona de la trinidad brahmánica, bajo el nombre de Rama y de Crisna. En él se encuentran todas las creencias indias que hemos referido precedentemente: la unidad absoluta del Sér Supremo, su manifestacion en una trinidad de personas, que se reproduce tambien en todas las criaturas. De aquí una extraordinaria multitud de divinidades subalternas, que tienen historias y aventuras semejantes á las de la mitología griega y latina. Encuéntrase en él la creacion del hombre, su caída, el diluvio, la esperanza de la redencion por un Dios encarnado, la necesidad de la oracion, del sacrificio, de la abnegacion de sí mismo. Los poéticos jeroglíficos del Egipto nos presentan en el fondo la misma doctrina: un Dios, un sér único, emanándose, manifestándose en una trinidad soberana, que se emana y se reproduce en todo y por todas partes. De suerte que en Egipto, como en la India, la unidad de Dios sirve como de base al más extraño politeísmo, y el más extraño politeísmo como de vestíbulo á la unidad de Dios.

Habiendo recibido la Grecia del Egipto y del Oriente la mayor parte de sus tradiciones religiosas y poéticas, en ella se ve algo parecido. Entre los himnos de Orfeo, hay muchos á divinidades particulares, que se han encontrado casi palabra por palabra en las inscripciones jeroglíficas. Por otro lado, en una obra dedicada al rey de Egipto, Ptolomeo Filometor, por su preceptor el filósofo judío Aristóbulo, del tiempo de los Macabeos, cerca de un siglo y medio antes de Jesucristo, se leia este himno del mismo poeta sobre la unidad de Dios: «¡Yo hablaré á quien está permitido oír; lejos de aquí, profanos! Pero tú, nieto de la brillante luna, tú, Museo, escucha; porque canto la verdad. ¡No te aparten de la vida feliz tus opiniones precedentes! ¡Fijando tus miradas en la palabra divina, adhiérete á ella sin cesar, y dirige la capacidad inteligible de tu corazón! ¡Marcha por el camino recto! ¡No contemples más que al inmortal criador del mundo! Hé aquí lo que dice de él la antigua palabra: Es



uno, existe por sí mismo y es perfecto; todo ha sido hecho por él, está presente en todas partes, ninguno de los mortales le ve, él los ve a todos y no es visible más que al espíritu (1).» Como Orfeo pasa por haber llevado a Grecia las doctrinas secretas del Egipto, estas palabras, dirigidas únicamente a los iniciados y citadas por los primeros apologistas de la religión cristiana, no tienen nada de increíble de su parte (2). Por otro lado, un filósofo pagano, Proclo, nos ha conservado de Orfeo un himno semejante: «El universo ha sido producido por Zeus. En el principio, todo estaba en él, la extensión etérea y su elevación luminosa, el mar, la tierra, el Océano, el abismo del Tártaro, los ríos, todos los dioses y todas las diosas inmortales, todo lo nacido y todo lo que debe nacer; todo estaba contenido en el seno del Dios supremo (3).» En otros fragmentos, Orfeo dice claramente que Zeus es uno, y que este es un solo Dios en todas las cosas (4). En fin, en un himno citado por Aristóteles, define así a este Dios soberano: «Zeus, el primero y el último, el principio y el medio, de quien todas las cosas tienen su origen, es el espíritu que anima todas las cosas, el jefe y el rey que las gobierna (5).» En cuanto a la precisa antigüedad de estas poesías y consiguientemente de su autor, no se sabe nada con seguridad. Únicamente, se tiene generalmente como cierto que estos himnos, originariamente escritos en su lenguaje que, bajo Pisistrato, en el sexto siglo antes de Jesucristo, no era ya muy inteligible para los griegos, fueron retocadas por el poeta Onomácrato, lo cual no supone una pequeña antigüedad.

Se encuentran ideas semejantes en los fragmentos de Simónides, de Lino, de Arquiloco y de Calímaco.

Esquilo, el primero de los poetas trágicos entre los griegos, y contemporáneo de Anaxágoras, decía en pleno teatro: «Es necesario distinguir bien a Dios de los mortales, y no te imagines que es de carne como tú. Tú no le conoces. Movimiento impalpable, unas veces toma la apariencia de fuego, de tinieblas ó del elemento líquido; otras se hace semejante a los animales, a los vientos, a las nubes, al rayo, al trueno, a la lluvia. El mar está a sus órdenes, las rocas, las fuentes, las masas de agua. Si el terrible ojo del Señor mira el universo, tiembla la tierra, desde las horribles profundidades del Océano hasta las inaccesibles cimas de las montañas, porque todo lo puede. La gloria está en el Dios altísimo (6).»

Sofocles, contemporáneo de Sócrates, era también más formal. «En verdad, no hay más que un Dios, que ha hecho el cielo y la tierra, y la azulada mar, y los impetuosos vientos. La mayor parte de los mortales, en el extravío de

(1) Euseb., *Præp. ev.* l. XIII, cap. XII.
 (2) S. Justino, *De monarch.*, Clem. Alex., *Ad gentes*.
 (3) Proclo, edic. Cousin, t. V, in *Parmenides*, 22 y 23; t. VI, in *Tim.*
 (4) Orfeo, *Frag. IV*, p. 364, edic. Gessner.
 (5) Arist., *De mundo*, cap. VII.
 (6) S. Justino, *De monarch.*, Clem. Alex., *Strom.*, libro V, p. 610.

su corazón, erigen estatuas a los dioses, como para encontrar en estas imágenes de madera, de bronce, de oro, de marfil, un consuelo a sus males. Ofrecenles sacrificios, les consagran fiestas, imaginándose que en esto consiste la piedad (1).»

Eurípides, amigo del mismo filósofo, hacia decir a uno de sus personajes: «¿Cómo quieres, pues, que yo conciba a Dios?—Como aquel que, responde el otro, lo ve todo, y él mismo no es visto (2). En otra parte le invoca en estos términos: «¡Oh tú, que has nacido de ti mismo, que en la lluvia etérea has envuelto la naturaleza de todas las cosas; tú, al rededor del cual la luz y la sombra se mezclan, y la variedad de los colores y la innumerable multitud de astros no cesan de moverse en coros! (3).»

Es necesario adorar a este Dios con un corazón puro. «Si alguno, dice el poeta cómico Menandro, cree, por numerosos sacrificios y ricos presentes, tener a Dios propicio, se equivoca, su espíritu está ciego. El deber del hombre es el ser bueno, respetar el pudor de las doncellas y de las esposas, abstenerse del homicidio y del robo, no desear la aguja de otro, porque Dios está cerca de vosotros y os ve. ¡Oh amigos míos! Dios ama las obras justas y detesta la iniquidad. Sed, pues, justos hasta el fin, y sacrificad a Dios con un corazón puro (4).»

El malo no podrá escapar de la justicia de Dios. «¿Pensais, decían otros poetas en la escena, que los que han pasado su vida en los festines y en los placeres pueden escapar despues de su muerte de la justicia divina? Hay un ojo que todo lo ve, y sabemos que existen dos caminos a la entrada de los infiernos, uno que conduce a la morada de los justos, y el otro a la de los impíos. Id pues, robad, quitad, no respeteis nada; pero no os engañeis, hay un juicio en el otro mundo, un juicio que ejercerá Dios, el soberano señor del universo, cuyo formidable nombre no me atrevería a pronunciar. Prolonga algunas veces la vida del malo; y no piense por esto que sus crímenes le estén ocultos ó les mire con indiferencia, porque este pensamiento sería un nuevo crimen. ¡Los que creéis que Diosno existe, tened cuidado: existe, sí, existe un Dios! Si alguno ha obrado mal, aproveche el tiempo que le queda; porque más tarde experimentará terribles castigos (5).»

Todos conocen, al menos de nombre, este himno ó oración del poeta filósofo Cleanto: «¡Rey glorioso de los inmortales, adorado bajo diversos nombres, eternamente poderoso, autor de la naturaleza, que gobiernas el mundo por tus leyes, yo te saludo! Es permitido a todos los mortales invocarte, porque somos tus hijos, tu imagen, un débil eco de tu voz, nosotros que vivimos un momento y que nos arrastra-

(1) S. Just., *De Mon.* Clem. Alex., *Strom.*, l. V, pág. 603.
 (2) Clem. Alex., *Ad gentes*, p. 45.
 (3) Clem. Alex., *Strom.*, l. V, núm. 603.
 (4) S. Just., *De Mon.* Clem. Alex., *Strom.*, l. V, pág. 605.
 (5) S. Just., *De Mon.* Clem. Alex., *Strom.*, l. V, pág. 606.



mos sobre la tierra. Yo te celebraré siempre, siempre cantaré tu poder. Todo el universo te obedece como un dócil súbdito. Tus invencibles manos están armadas con el rayo; parte, y la naturaleza tiembla de espanto. Tú diriges la razón común, tú penetras y fecundas todo cuanto existe. Rey supremo, nada se hace sin tí, ni sobre la tierra, ni en el cielo, ni en el profundo mar, á excepción del mal que cometen los insensatos mortales. Concediendo los principios contrarios, fijando á cada cual sus límites, mezclando los bienes y los males, mantienes la armonía del conjunto; de tan diversas partes, formas un solo todo, sometido á un constante orden, que los infortunados y culpables humanos turban por sus ciegos deseos. Apartan sus miradas y sus pensamientos de la ley de Dios, ley universal que hace feliz y conforme á la razón la vida de los que la obedecen. Pero precipitándose en la medida y grado de sus pasiones por opuestos caminos, unos buscan la gloria, otros las riquezas ó los placeres. Autor de todos los bienes, tú que lanzas el trueno del seno de las nubes, padre de los hombres, libéralos de esta triste ignorancia, disipa las tinieblas de su alma, hazles conocer la sabiduría por la cual gobiernas el mundo, á fin de que te honremos dignamente y que sin cesar cantemos tus obras, como conviene á los mortales, porque no hay nada más grande para el hombre y para los dioses que celebrar en la justicia la ley universal (1).»

Los poetas han cantado el caos, la primitiva confusión de los elementos, de donde salió el universo actual. Homero nos muestra sus dioses también, nacidos del Océano y de Tetis, de otra manera, del antiguo caos (2). Hesiodo nos representa el caos como la materia primordial, y el amor como el principio creador (3). En Ovidio principalmente, antes que existiese el mar, la tierra y el cielo, que contiene todo lo demás, veíanse todos los elementos confundidos en una masa informe y líquida, que se la ha llamado, dice, el caos. Ningun sol iluminaba todavía el mundo. Dios pone en orden esta confusión: Separa la tierra del cielo, y de la tierra las aguas. El cielo es poblado de estrellas, el aire de volátiles, el mar de peces, la tierra de plantas y de animales. Pero faltaba todavía el animal divino, capaz de una inteligencia superior, que pudiese dominar sobre los demás. El hombre nació. Prometeo le formó de tierra humedecida y de una chispa celeste, á imagen de la divinidad: así como el resto de los animales está encorvado hácia la tierra, dió al hombre una actitud recta y una mirada elevada hácia el cielo (4). Somos así, pues, de la raza de Dios, como lo dice el poeta griego Arato, en su poema sobre los fenómenos celestes: «Comencemos por Zeus; ¡hombres, no hagamos nada sin hablar de él! Todo está lleno de Zeus, tanto las calles como las asambleas públicas, tanto el mar como los puertos. Todos, y por todas partes, tenemos necesidad de

Zeus, porque somos su raza!» (1). San Pablo cita estas últimas palabras, y las aprueba en su discurso ante el areópago de Atenas (2):

«A cada hombre, dice Menandro, le es dado un genio en el momento de su nacimiento, para iniciarle en los misterios de la vida (3).» «Ningun hombre existe, dice Teognis, rico ó pobre, bueno ó malo, que no tenga un genio ó demonio (4).»

Esquilo, en su *Prometeo*, habla de una sedición que tuvo lugar en el cielo entre los dioses; unos querían arrojar á Kronos de su trono, para que reinase Zeus; otros, por el contrario, no querían que Zeus reinase sobre los dioses. Estos fueron precipitados con Zeus, su jefe, nacido muy antiguamente en las negras profundidades del Tártaro (5). Es difícil no reconocer en esto una antigua tradición alterada de la caída de los ángeles rebeldes.

«Los dioses inmortales de Zeus, guardianes de los hombres mortales, dice á su vez Hesiodo, son en número de tres mil millones sobre la tierra fecunda: revestidos de aire y recorriendo sin cesar todos los lugares, observan las obras justas é injustas (6).»

El mismo Hesiodo tiene también una alegoría histórica de la caída del hombre por la mujer. Habiendo formado Prometeo el primer hombre con un cuerpo de tierra y un alma celeste, y habiéndole enseñado el uso del fuego, con todas las artes necesarias, Zeus creó la primera mujer y la adornó con todas las gracias. Fué llamada por esto Pandora, es decir, *Todos los dones*. Había recibido una caja misteriosa, que abrió por curiosidad. Al punto salieron de ella males de toda especie, que desde este tiempo inundan la tierra. No queda en el fondo de la fatal caja más que la esperanza (7).

La caída del hombre se dejó sentir en sí mismo por una degeneración progresiva. Hasta aquí era la edad de oro. Los hombres habían vivido en la inocencia y la piedad. La tierra les ofrecía por sí misma todo cuanto pudieran desear. La muerte era para ellos un dulce sueño, despues del cual venían á ser, por la voluntad del Dios Supremo, los dioses tutelares del género humano. Viene despues la edad de plata. La piedad y la inocencia disminuyen. La infancia del hombre duraba todavía cien años. Los que mueren, vienen á ser, por voluntad de Zeus, dioses subterráneos. En la edad de cobre, unos descienden á los infiernos sin gloria; otros, más justos, héroes y semidioses, habitan las islas afortunadas. En la edad de hierro, cada cual se hace justicia á sí mismo; no hay más derecho que la fuerza; el pudor y la equidad volaron al cielo; no hay remedio para el mal. Así habla Hesiodo (8). Ovi-

(1) Clem. Alex., *Strom.*, lib. V, pág. 597.
 (2) Act., 17 y 18.
 (3) Apud. Stob., *Ecl. phys.*, lib. I, n. 9.
 (4) Theog., *Sent.*, v. 167 y 168.
 (5) Esquilo, *Prometh.*, escena 3.
 (6) *Ibid.*, *Op. et dies*, lib. I.
 (7) *Ibid.*, *Op. et dies*, lib. I.
 (8) *Ibid.*, *Op. et dies*, lib. I.

(1) *Apud. Stob.*
 (2) *Iliada*, XIV, v. 201.
 (3) *Theolog.*, V, 114 y siguientes.
 (4) Ovidio, *Metam.*, lib. I.



dio añade á esto el castigo del crimen triunfante, el diluvio (1).

Hé aquí cómo los poetas representan los funestos efectos de la degradación original en toda la humanidad. Han notado este desorden hasta en el individuo; han visto cómo está sin cesar en guerra consigo mismo. «Una cosa es lo que mueve la codicia, y otra lo que mueve la razón. Veo bien lo que es mejor, y lo apruebo; y sin embargo, me dejo inclinar á lo peor (2).» No hay nadie que no haya hecho más de una vez esta experiencia; no hay nadie que no sienta también la justicia de esta otra palabra del mismo poeta: «Tendemos con esfuerzo á lo que nos está prohibido, y deseamos lo que se nos rehúsa (3).» En estas pocas palabras hay un conocimiento más verdadero del hombre, y consiguientemente más verdadera filosofía que en la mayor parte de los antiguos filósofos. Esto: principalmente los estóicos, tenían la presuntuosa persuasión de que basta al hombre conocer el bien y el mal para practicar el uno y evitar el otro. Esta vanidad filosófica les impedía ver y convenir en que el conocimiento sólo, sin la humildad de corazón y la oración á Dios, no hace más que irritar la concupiscencia, y darla mayor fuerza, según lo enseña San Pablo en su epístola á los romanos (4).

A la entrada del otro mundo, los poetas colocan un tribunal y un juez, ante el cual comparecen todos los muertos. Los justos son enviados al Elíseo, lugar de reposo, de paz y de dicha; los grandes culpables son precipitados en el infierno para sufrir allí eternamente suplicios proporcionados á sus crímenes; los que no han sido malvados hasta el exceso, sufren diversas clases de castigos, hasta que sean enteramente purificados de sus faltas y reunidos en el Elíseo con los justos.

La felicidad que allí se goza, según el cuadro que hacen de él los poetas de la gentilidad, no nos parece muy realzado. Esto es porque en el fondo, cuando estos poetas trazaban sus cuadros, el verdadero cielo no estaba abierto todavía, y los verdaderos justos también estaban todavía retenidos en los lugares subterráneos, en los limbos; en ellos gozaban de paz y de dicha; pero esta felicidad no era todavía completa, porque aún no veían á Dios. Las ideas de los antiguos poetas eran entonces más verdaderas de lo que se piensa.

Un rasgo sobre todo hay que notar en la descripción que Virgilio nos hace del infierno. Si hay algo en el mundo que nos revele la idea de la inocencia, seguramente es el niño, que todavía no ha podido cometer el mal ni aun conocerle; y suponer que sea sometido á castigos, á sufrimientos, es un pensamiento que subleva el ánimo. Virgilio, sin embargo, el tierno Virgilio, coloca á los niños *arrebataados del pecho de sus madres, antes de haber gustado la vida, á la entrada de los reinos tristes,*

(1) Ovidio, *Metam.*, lib. I.
(2) *Ibid.*, *Metam.*, lib. VII, 20.
(3) *Ibid.*, *Am.*, III, el. IV, v. 17.
(4) *Rom.*, VII.

en el cual les representa en un estado de pena, llorando y prorumpiendo en un largo gemido, *vagitus ingens* (1). ¿Por qué este llanto, estas dolorosas voces, este grito desgarrador? ¿Qué faltas expian estos niños á quienes sus madres no han sonreído? ¿Quién ha podido sugerir al poeta esta extraña y admirable ficción? ¿Cuál es el fundamento de ella? ¿De dónde procede sino de la antigua creencia que el hombre nace en el pecado?

No solamente los poetas suponen y proclaman por todas partes la inmortalidad del alma, sino que han imaginado también una resurrección de los cuerpos. Orfeo descendió, según ellos, á los infiernos, y sacó de él á su mujer Euridice. Hércules descendió á él igualmente; según Eurípides, peleó con la muerte, le arrancó á Alceste, mujer de Admeto, rey de Tesalia, que acababa de celebrar los funerales de ella; la devolvió viva á su esposo para recompensar á éste por su generosa hospitalidad, y á aquella por su amor conyugal, que la había llevado hasta morir en lugar de Admeto (2). Así se lee en los versos de Focílides: «Las partes que componen el cuerpo humano forman una armonía que no está permitido destruir. Esperamos que los que han abandonado su despojo á la tierra saldrán bien pronto de ella para venir en la luz; serán un día *dioses*, porque las almas de los muertos son incorruptibles. El espíritu es imagen de Dios. En cuanto al cuerpo, procede de la tierra y vuelve á ella; no somos más que ceniza, pero el espíritu se remonta al cielo (3).»

En cuanto al gran acontecimiento, que es como el centro de todos los siglos, la esperanza y la venida del Redentor, constituye el motivo de inmensos poemas en la India. En occidente, Virgilio, aplicando antiguos oráculos al nacimiento de no sabemos qué niño, canta las mismas esperanzas. La última edad, predicha por la sibila de Cumas, llegó; el gran orden de los siglos vuelve á comenzar; una nueva raza descende de lo alto de los cielos; va á nacer un niño, que hará cesar el siglo de hierro y volver á la edad de oro; siendo borrados todos los vestigios de nuestro crimen, la tierra será para siempre librada de temor. El divino niño que debe reinar sobre el mundo pacificado, recibirá por primeros presentes frutos de la tierra, y la serpiente espirará desde su cuna. A la aproximación de este niño querido de los dioses, de este noble vástago del Dios supremo, toda la máquina del universo se estremece, todas las regiones de la tierra, todos los mares y la profunda é impenetrable bóveda de los cielos. Toda la naturaleza se regocija en la esperanza del siglo venidero (4). Por otro lado, Esquilo, en una de sus tragedias, nos presenta á un dios sufriendo, y sufriendo de parte del Dios supremo: un dios atado, encadenado y puesto como en cruz en lo alto de un monte, y esto porque amó mucho á los hombres, porque se apiadó de sus males y puso remedio á

(1) *Eneida.*, lib. VI, v. 426 y 429.
(2) Eurípides, *Alcest.*
(3) Focílides, *Nuthet.*
(4) Virg., *Eglog.*, IV.



ellos (1). La poesía india, para cantar las encarnaciones de Visnu, reunió á la vez las graciosas ideas de Virgilio y las ideas de trabajo, de penitencia, de expiación de Esquilo.

Respecto de las sibilas, casi todos los antiguos padres de la Iglesia, y entre ellos San Agustín, las han considerado verdaderamente inspiradas. Créese que bajo este nombre, que no designa personaje alguno ciertamente conocido, había entre los griegos y los romanos una carrera de verdaderas profetisas. Aunque se ignorasen los autores de ellas, no dejaban de producir su efecto, dirigiendo la fe y la esperanza de los justos hácia el Salvador esperado, y preparando los pueblos á reconocerle. Posible es que se hayan atribuido falsamente muchas profecías á las sibilas; sin embargo, Lactancio, después de haber citado las más notables de ellas, asegura que todo el que haya leído á Ciceron, Varron y otros escritores que vivían antes de Jesucristo, no pensará que sean supuestas (2).

Por lo que hace á la moral, hé aquí el resumen que de ella se lee en el poeta Focílides:

«Honra primeramente á Dios y después á tus padres. Sé equitativo para con todos, sin excepción de nadie. No rechaces al pobre. No hagas juicios injustos, porque si juzgas mal, Dios á su vez te juzgará. Huye del falso testimonio. Di la verdad. Conserva la castidad. Sé benévolo con todos los hombres. No uses de una falsa medida, y no se incline tu balanza ni á un lado ni á otro. No jures en falso ni voluntariamente, ni por consideración, porque Dios tiene horror al perjurio. No robes semillas: este es un crimen execrable. Paga al obrero su salario, y no aflijas al pobre. Vela por tu lengua; no reveles el secreto que te se ha confiado. No cometas injusticia, y no toleres que se cometa. Da inmediatamente al pordiosero, y no lo retardes hasta el día siguiente; da á manos llenas al indigente. Recibe al desterrado en tu casa. Sé conductor del ciego. Ten piedad de los naufragos, porque la navegación es incierta. Tiende la mano al que cae; socorre al desamparado. Todos beben en la copa de los males; la vida se parece á la rueda de un carro: no hay dicha estable. Si eres rico, comparte tus bienes con el indigente, dale lo que Dios te ha dado, y no hagas diferencia entre el extranjero y el conciudadano, porque la pobreza está viajando constantemente, nos visita á todos y no hay un ángulo de la tierra en donde los hombres puedan fijar sólidamente el pié. Sólo Dios es sabio, poderoso; sólo él posee infinitas é imperecederas riquezas (3).»

Este sumario de moral es tan bello, que muchos han dudado si sería de Focílides, que florecía en el sexto siglo antes de Jesucristo. Pero es fácil hacer una compilación de ella de un conjunto de poetas tan antiguos y más todavía, por ejemplo, Hesiodo, á quien comunmente se hace remontar al octavo siglo. En su poema *Los trabajos y los días*, empieza por invocar á Zeus,

(1) Esquilo, *Prometeo.*
(2) San Agust., *Ep.* 258, *ad Martian.* Lact., *Div. inst.*, lib. IV, c. 15.
(3) Focílides, *Nouthet.*

el Dios Supremo. El es el que hace á los mortales llegar á ser célebres ó oscuros, el que les rodea de gloria ó de ignominia; le es fácil ensalzar á uno y hacer descender á otro, que el malo se enmiende y abatir al soberbio (1). Por su providencia, la justicia recorre toda la tierra: los que la rechazan, son por ella afligidos de males. Los que, por el contrario, obran rectamente con los extranjeros y con los ciudadanos, hacen florecer su ciudad y su pueblo en la paz y prosperidad. Con frecuencia es castigada toda una ciudad, por causa de un solo hombre malo. Tened, pues, cuidado, oh reyes (llama así á todos los jueces), de esta justicia de lo alto. Porque los dioses de Zeus, que son los custodios de los hombres mortales, recorren incesantemente la tierra, observando los juicios y obras malas. La justicia, venerable virgen nacida de Zeus, si se la ofende, quéjase al punto á su padre, y pide que el pueblo expie los pecados de los reyes que corrompen los juicios. Considerando esto, dirigid bien vuestros pensamientos, ¡oh reyes ganosos de riquezas! olvidad completamente los juicios inicuos. El que quiere hacer mal á otro se le hace á sí mismo, y un mal propósito no es en nadie tan malo como en el que le forma. El ojo de Zeus, que todo lo ve y penetra, no ignora cómo se hace justicia en la ciudad. La ley que Zeus ha impuesto á los peces, á las bestias feroces y á las aves, es la de devorarse unos á otros, teniendo en cuenta que no se conoce la justicia entre ellos; pero la ha dado por regla á los hombres. El que aconseja y practica lo que es justo, Zeus le recompensa á él y á su posteridad. Pero el que pervierte el derecho por el perjurio y falsos testimonios, se hace un irreparable perjurio; la posteridad de él caerá en el oprobio. Cometer el mal, aun hasta el exceso, es fácil; el camino no es largo, porque el mal habita cerca de todo. Pero los inmortales han colocado delante de la virtud el trabajo y las fatigas. El sendero que allí conduce es largo y de rápida pendiente; además, es áspero al principio, pero cuando se llega á lo alto, se hace fácil. El hombre perfecto es el que tiene inteligencia de todo cuanto le corresponde, comprendiendo lo que es mejor en la continuación y hasta el fin: es también bueno aquel que obedece al que le aconseja bien; pero el que no es de suyo sabio ni quiere escuchar á otro, no es bueno para nada (2). Las riquezas que no son mal adquiridas, sino que Dios nos da, son mucho mejores. Pero al que adquiere por violencia ó por fraude, les es fácil á los inmortales aniquilar á este hombre: su familia declinará, sus riquezas no estarán con él mucho tiempo. Es un crimen igual maltratar al mendigo y al extranjero, deshonorar el tálamo nupcial de su hermano, engañar infamemente á los huérfanos, injuriar á un padre anciano sobre el váculo de la vejez; Zeus se irrita contra un hombre semejante, y al fin le castigará severamente de la misma manera (3).

(1) *Opera et dies*, 1, 10.
(2) *Opera et dies*, 215, 296.
(3) *Opera et dies*, 318, 332.